

## Domingo VI de Pascua (ciclo A)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA** ([www.bibliadenavarra.blogspot.com](http://www.bibliadenavarra.blogspot.com))
- **SAN AGUSTÍN** ([www.iveargentina.org](http://www.iveargentina.org))
- **FRANCISCO** – Homilía del 6 de mayo de 2013
- **BENEDICTO XVI** – Regina Coeli 2011
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO** – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos
- **RANIERO CANTALAMESSA** ([www.cantalamezza.org](http://www.cantalamezza.org))
- **FLUVIUM** ([www.fluvium.org](http://www.fluvium.org))
- **PALABRA Y VIDA** ([www.palabrayvida.com.ar](http://www.palabrayvida.com.ar))
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ** ([www.almudi.org](http://www.almudi.org))
  - Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II
  - Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva
  - Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica
- **HABLAR CON DIOS** ([www.hablarcondios.org](http://www.hablarcondios.org))
- **P. Julio César RAMOS González SDB** (Salta, Argentina) ([www.evangelinet.net](http://www.evangelinet.net))
- **CONGREGACIÓN PARA EL CLERO** ([www.clerus.org](http://www.clerus.org))

\*\*\*

### **DEL MISAL MENSUAL**

#### **EL ESPÍRITU DE LA VERDAD**

El breve relato sobre la misión cristiana en Samaria nos documenta el tránsito de la sumisión y la ignorancia a la verdad y la libertad. Los samaritanos vivían sometidos a la manipulación de un mago llamado Simón, que era respetado como si fuera una persona revestida de poderes divinos. Este mago comerciaba con lo religioso y obtenía grandes beneficios económicos. Los recién bautizados se liberaron de sus engaños y aprendieron a discernir su vida con el auxilio del Espíritu Santo. En el Evangelio, Jesús se está despidiendo de sus discípulos. No los deja en el desamparo, puesto que les promete el envío del Espíritu de verdad. Los discípulos que han seguido a Jesús lo saben reconocer porque conocen cuáles son las preferencias de Jesús. Quien se precie de estar lleno del Espíritu sabrá vivir en cada circunstancia conforme a la manera como el Señor Jesús vivió y enseñó.

#### **ANTÍFONA DE ENTRADA** Cfr. Is 48, 20

*Con voz de júbilo, anúncienlo; que se oiga. Que llegue a todos los rincones de la tierra: el Señor ha liberado a su pueblo. Aleluya.*

#### **ORACIÓN COLECTA**

Dios todopoderoso, concédenos continuar celebrando con incansable amor estos días de tanta alegría en honor del Señor resucitado, y que los misterios que hemos venido conmemorando se manifiesten siempre en nuestras obras. Por nuestro Señor Jesucristo...

## **LITURGIA DE LA PALABRA**

### **PRIMERA LECTURA**

*Les impusieron las manos y recibieron el Espíritu Santo.*

**Del libro de los Hechos de los Apóstoles: 8, 5-8. 14-17**

**E**n aquellos días, Felipe bajó a la ciudad de Samaria y predicaba allí a Cristo. La multitud escuchaba con atención lo que decía Felipe, porque habían oído hablar de los milagros que hacía y los estaban viendo: de muchos poseídos salían los espíritus inmundos, lanzando gritos, y muchos parálíticos y lisiados quedaban curados. Esto despertó gran alegría en aquella ciudad.

Cuando los apóstoles que estaban en Jerusalén se enteraron de que Samaria había recibido la Palabra de Dios, enviaron allá a Pedro y a Juan. Éstos, al llegar, oraron por los que se habían convertido, para que recibieran el Espíritu Santo, porque aún no lo habían recibido y solamente habían sido bautizados en el nombre del Señor Jesús. Entonces Pedro y Juan impusieron las manos sobre ellos, y ellos recibieron el Espíritu Santo. **Palabra de Dios.**

### **SALMO RESPONSORIAL**

*Del salmo 65, 1-3a. 4-5. 6-7a. 16 y 20.*

**R/. Las obras del Señor son admirables. Aleluya.**

Que aclame al Señor toda la tierra. Celebremos su gloria y su poder, cantemos un himno de alabanza, digamos al Señor: “Tu obra es admirable”. **R/.**

Que se postre ante ti la tierra entera y celebre con cánticos tu nombre. Admiremos las obras del Señor, los prodigios que ha hecho por los hombres. **R/.**

Él transformó el Mar Rojo en tierra firme y los hizo cruzar el Jordán a pie enjuto. Llenémonos por eso de gozo y gratitud: el Señor es eterno y poderoso. **R/.**

Cuantos temen a Dios, vengan y escuchen, y les diré lo que ha hecho por mí. Bendito sea Dios, que no rechazó mi súplica, ni me retiró su gracia. **R/.**

### **SEGUNDA LECTURA**

*Murió en su cuerpo y resucitó glorificado.*

**De la primera carta del apóstol san Pedro: 3, 15-18**

**H**ermanos: Veneren en sus corazones a Cristo, el Señor, dispuestos siempre a dar, al que las pidiere, las razones de la esperanza de ustedes. Pero háganlo con sencillez y respeto y estando en paz con su conciencia. Así quedarán avergonzados los que denigran la conducta cristiana de ustedes, pues mejor es padecer haciendo el bien, si tal es la voluntad de Dios, que padecer haciendo el mal. Porque también Cristo murió, una sola vez y para siempre, por los pecados de los hombres; él, el justo, por nosotros, los injustos, para llevarnos a Dios; murió en su cuerpo y resucitó glorificado. **Palabra de Dios.**

**ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Jn 14, 23**

**R/. Aleluya, aleluya.**

*El que me ama, cumplirá mi palabra, dice el Señor; y mi Padre lo amará y vendremos a él. R/.*

## **EVANGELIO**

*Yo le rogaré al Padre y él les dará otro Paráclito.*

**+ Del santo Evangelio según san Juan: 14, 15-21**

**E**n aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: “Si me aman, cumplirán mis mandamientos; yo le rogaré al Padre y él les dará otro Paráclito para que esté siempre con ustedes, el Espíritu de la verdad. El mundo no puede recibirlo, porque no lo ve ni lo conoce; ustedes, en cambio, sí lo conocen, porque habita entre ustedes y estará en ustedes.

No los dejaré desamparados, sino que volveré a ustedes. Dentro de poco, el mundo no me verá más, pero ustedes sí me verán, porque yo permanezco vivo y ustedes también vivirán. En aquel día entenderán que yo estoy en mi Padre, ustedes en mí y yo en ustedes. El que acepta mis mandamientos y los cumple, ése me ama. Al que me ama a mí, lo amará mi Padre, yo también lo amaré y me manifestaré a él”. **Palabra del Señor.**

## **ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS**

Suba hasta ti, Señor, nuestra oración, acompañada por estas ofrendas, para que, purificados por tu bondad, nos dispongas para celebrar el sacramento de tu inmenso amor. Por Jesucristo, nuestro Señor.

## **ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Jn 14, 15-16**

*Si me aman, cumplirán mis mandamientos, dice el Señor; y yo rogaré al Padre, y él les dará otro Abogado, que permanecerá con ustedes para siempre. Aleluya.*

## **ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN**

Dios todopoderoso y eterno, que, por la resurrección de Cristo, nos has hecho renacer a la vida eterna, multiplica en nosotros el efecto de este sacramento pascual, e infunde en nuestros corazones el vigor que comunica este alimento de salvación. Por Jesucristo, nuestro Señor.

## **UNA REFLEXIÓN PARA NUESTRO TIEMPO**

La época actual está marcada por cambios bruscos y acelerados que han modificado nuestras relaciones de manera drástica. Unos creen que hemos tomado un rumbo equivocado, porque no tenemos unos principios orientadores claros, mientras que otras personas, consideran que basta con que cada uno siga su propia conciencia y encuentre sentido a lo que hace. Quienes nos reconocemos como discípulos de Jesús, no podemos afirmar nuestras posturas personales, por encima de las opciones fundamentales que vivió y asumió el Señor Jesucristo. Nuestra sociedad es muy distinta a la suya y, no obstante, los problemas decisivos que enfrentamos, se asemejan a los que había durante el primer siglo en Galilea. Para aprender a ser fieles al mensaje y la propuesta del Señor Jesús, contamos con la fuerza del Espíritu que nos ayuda reconocer las opciones y las iniciativas que llevan la marca de Jesús y a desechar aquellas que son contrarias a su voluntad.

---

## **BIBLIA DE NAVARRA ([www.bibliadenavarra.blogspot.com](http://www.bibliadenavarra.blogspot.com))**

**Les imponían las manos y recibían el Espíritu Santo (Hch 8,5-8.14-17)**

**1ª lectura**

Este Felipe no es el Apóstol (Hch 1,13) sino uno de los Siete, elegidos para la atención de los necesitados (Hch 6,5). El Evangelio rebasa las fronteras de Judea porque «en medio del infortunio, los cristianos continúan la predicación, en vez de descuidarla» (S. Juan Crisóstomo, *In Acta Apostolorum* 18). El éxito de la predicación en Samaría es la primera consecuencia de la persecución: «La religión fundada por el misterio de la Cruz de Cristo no puede ser destruida por ningún género de crueldad. No se disminuye la Iglesia por las persecuciones, antes al contrario, se aumenta. El campo del Señor se viste entonces con una cosecha más rica. Cuando los granos que caen mueren, nacen multiplicados» (S. León Magno, *In natali Apostolorum Petri et Pauli* 6).

Los Apóstoles guían la primera expansión de la Iglesia fuera de Jerusalén (v. 14).

La Tradición ha visto en los vv. 15-17 una primera manifestación del sacramento de la Confirmación: «Los Apóstoles, en cumplimiento de la voluntad de Cristo, comunicaban a los neófitos, mediante la imposición de las manos, el don del Espíritu Santo, destinado a completar la gracia del Bautismo (cfr Hch 8,15-17; 19,5-6). Esto explica por qué en la *Carta a los Hebreos* se recuerda, entre los primeros elementos de la formación cristiana, la doctrina del Bautismo y de la imposición de las manos (cfr Hb 6,2). Es esta imposición de las manos la que ha sido con toda razón considerada por la Tradición católica como el primitivo origen del sacramento de la Confirmación, el cual perpetúa, en cierto modo, en la Iglesia, la gracia de Pentecostés» (Pablo VI, *Divinae consortium naturae*).

Pedro y Juan no actúan en virtud de una fuerza independiente que posean o controlen, sino en dependencia del poder divino (vv. 15,17). Los cristianos alcanzan los milagros mediante la súplica a Dios y nunca por gestos o fórmulas mágicas. San Lucas señalará de nuevo las diferencias entre el milagro cristiano y la magia al narrar los episodios del mago Elimas (13,6ss.), la adivina de Filipos (16,16ss.) y los hijos del sacerdote Esceva (19,13ss.).

### **Glorificad a Cristo Señor en vuestros corazones (1 P 3,15-18)**

#### **2ª lectura**

La coherencia de vida será ocasión de que quienes calumnian puedan rectificar (v. 16). Con palabras de Isaías referidas a Dios, se manda glorificar –literalmente, «santificar»– a Cristo Señor (v. 15), es decir, tributarle el culto sólo debido a Dios, aun en medio de las contrariedades: «¿Qué cosa es glorificar a Cristo en nuestros corazones sino sentir, por muy incomprensible que sea la gloria, su santidad en lo íntimo del corazón? ¿Qué gran fortaleza para vencer dan a los que tienen esperanza los fulgores inestimables de la santidad» (S. Beda, *In 1 Epistolam Sancti Petri, ad loc.*).

### **Os dará otro Paráclito (Jn 14,15-21)**

#### **Evangelio**

Jesús anuncia que, tras su resurrección, enviará el Espíritu Santo a los Apóstoles, que les guiará haciéndoles recordar y comprender cuanto Él les había dicho. El Espíritu Santo es revelado así como otra Persona divina con relación a Jesús y al Padre. Con ello se anuncia ya el misterio de la Santísima Trinidad, que se revelará en plenitud con el cumplimiento de esta promesa.

El auténtico amor ha de manifestarse con obras (v. 15). «Esto es en verdad el amor: obedecer y creer al que se ama» (S. Juan Crisóstomo, *In Ioannem* 74). Por eso Jesús quiere hacernos comprender que el amor a Dios, para serlo de veras, ha de reflejarse en una vida de entrega generosa y fiel al cumplimiento de la voluntad divina: el que recibe sus mandamientos y los guarda, ése es quien le ama (cfr v. 21).

Paráclito (v. 16) significa «llamado junto a uno» con el fin de acompañar, consolar, proteger, defender... De ahí que el Paráclito se traduzca por «Consolador», «Abogado», etc. Jesús habla del Espíritu Santo como de «otro Paráclito» (v. 16), porque el mismo Jesús es nuestro Abogado y Mediador en el cielo junto al Padre (cfr 1 Jn 2,1), y el Espíritu Santo será dado a los discípulos en lugar suyo cuando Él suba al cielo como Abogado o Defensor que les asista en la tierra.

El Paráclito es nuestro Consolador mientras caminamos en este mundo en medio de dificultades y bajo la tentación de la tristeza. ***Por grandes que sean nuestras limitaciones, los hombres podemos mirar con confianza a los cielos y sentirnos llenos de alegría: Dios nos ama y nos libra de nuestros pecados. La presencia y la acción del Espíritu Santo en la Iglesia son la prenda y la anticipación de la felicidad eterna, de esa alegría y de esa paz que Dios nos depara*** (San Josemaría Escrivá, *Es Cristo que pasa*, n. 128).

---

### **SAN AGUSTÍN ([www.iveargentina.org](http://www.iveargentina.org))**

**Acerca de las palabras: “si me amáis, observad mis mandatos”, hasta: “permanecerá con vosotros y estará dentro de vosotros”**

En la lectura del evangelio hemos oído estas palabras del Señor: *Si me amáis, observad mis mandatos, y yo rogaré al Padre y os dará otro consolador para que esté con vosotros eternamente: el Espíritu de verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce. Pero vosotros le conoceréis, porque morará con vosotros y estará dentro de vosotros.* Muchas son las cosas que hay que indagar en estas breves palabras del Señor; pero mucho es para nosotros buscar todas las cosas que hay que buscar en ellas o hallar todas las cosas que en ellas buscamos. No obstante, prestando atención a lo que nosotros debemos decir y vosotros debéis oír, según lo que el Señor se digna concedernos y de acuerdo con nuestra capacidad y la vuestra, recibid, carísimos, lo que nosotros os podemos decir, y pedidle a Él lo que nosotros no os podemos dar. Cristo prometió el Espíritu Santo a los apóstoles, pero debemos advertir de qué modo se lo ha prometido. Dice: *Si me amáis, guardad mis mandatos, y yo rogaré al Padre y os dará otro consolador, que es el Espíritu de verdad, para que permanezca con vosotros eternamente.* Este es, sin duda, el Espíritu Santo de la Trinidad, al que la fe católica confiesa coeterno y consustancial al Padre y al Hijo, y el mismo de quien dice el Apóstol: *La caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado.* ¿Por qué, pues, dice el Señor: *Si me amáis, guardad mis mandatos, y yo rogaré al Padre y os dará otro consolador,* cuando dice que, si no tenemos al Espíritu Santo, no podemos amar a Dios ni guardar sus mandamientos? ¿Cómo hemos de amar para recibirlo, si no podemos amar sin temerlo? ¿O cómo guardaremos los mandamientos para recibirlo, si no es posible observarlos sin tenerle con nosotros? ¿Acaso debe preceder en nosotros el amor que tenemos a Cristo, para que, amándole y observando sus preceptos, merezcamos recibir al Espíritu Santo a fin de que no ya la caridad de Cristo, que ha precedido, sino la caridad del Padre se derrame en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo, que nos ha sido dado? Perversa es esta sentencia. Quien cree amar al Hijo y no ama al Padre, no ama verdaderamente al Hijo, sino lo que él se ha imaginado. Porque *nadie*, dice el Apóstol, *puede pronunciar el nombre de Jesús si no es por el Espíritu Santo.* ¿Y quién dice Señor Jesús del modo que dio a entender el Apóstol sino aquel que le ama? Muchos lo pronuncian con la lengua y lo arrojan del corazón y de sus obras, conforme de ellos dijo el Apóstol: *Confiesan conocer a Dios, pero con sus hechos lo niegan.* Luego, si con los hechos se niega, sin duda también con los hechos se habla. *Nadie*, pues, *puede pronunciar con provecho el nombre del Señor Jesús* con la mente, con la palabra, con la obra, con el corazón, con la boca, con los hechos, *sino por el Espíritu Santo;* y de este modo solamente lo puede decir el que ama. Y ya de este modo

decían los apóstoles: *Señor Jesús*. Y si lo pronunciaban sin fingimiento, confesándolo con su voz, con su corazón y con sus hechos; es decir, si con verdad lo pronunciaban, era ciertamente porque amaban. Y ¿cómo podían amar sino por el Espíritu Santo? Con todo, a ellos se les manda amarle y guardar sus mandatos para recibir al Espíritu Santo, sin cuya presencia en sus almas no pudieran amar y observar los mandamientos.

No nos queda más que decir que el que ama tiene consigo al Espíritu Santo, y que teniéndole merece tenerle más abundantemente, y que teniéndole con mayor abundancia, es más intenso su amor. Ya los discípulos tenían consigo al Espíritu Santo, que el Señor prometía, sin el cual no podían llamarle Señor; pero no lo tenían aún con la plenitud que el Señor prometía. Lo tenían y no lo tenían, porque aún no lo tenían con la plenitud con que debían tenerlo. Lo tenían en pequeña cantidad, y había de serles dado con mayor abundancia. Lo tenían ocultamente, y debían recibirlo manifiestamente; porque es un don mayor del Espíritu Santo hacer que ellos se diesen cuenta de lo que tenían. De este don dice el Apóstol: *Nosotros no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el Espíritu que procede de Dios, para conocer los dones que Dios nos ha dado*. Y no una, sino dos veces les infundió el Señor manifiestamente al Espíritu Santo. Poco después de haber resucitado, dijo soplando sobre ellos: *Recibid al Espíritu Santo*. ¿Acaso por habérselo dado entonces no les envió después también al que les había prometido? ¿O no es el mismo Espíritu Santo el que entonces les insufló y el que después les envió desde el cielo? De aquí nace otra cuestión: por qué esta donación, que hizo manifiestamente, la hizo dos veces. Quizá en atención a los dos preceptos del amor: el amor de Dios y el amor del prójimo; y para que entendamos que al Espíritu Santo pertenece el amor, hizo esta doble manifestación de su donativo. Y si otra causa hubiera de buscarse, no por eso hemos de prolongar esta plática más de lo conveniente, con tal que tengamos bien presente que, sin el Espíritu Santo, nosotros no podemos amar a Cristo ni guardar sus mandamientos, y que tanto menos podremos hacerlo cuanto menos de Él tengamos, y que lo haremos con tanta mayor plenitud cuanto más de Él participemos. Por consiguiente, no sin motivo se promete no sólo al que no le tiene, sino también al que le tiene: al que no le tiene, para que le tenga, y al que ya le tiene, para que le tenga con mayor abundancia. Porque, si uno no pudiera tenerle más abundantemente que otro, no hubiera dicho Elíseo al santo profeta Elías: *El Espíritu, que está en ti, hágase doble en mí*.

Cuando Juan Bautista dijo que *Dios no da el Espíritu con medida*, hablaba del mismo Hijo de Dios, al cual no le fue dado con medida, porque en Él habita toda la plenitud de la Divinidad. Ni aun el hombre Cristo Jesús sería el mediador entre Dios y los hombres sin la gracia del Espíritu Santo, pues Él mismo afirma que en Él tuvo su cumplimiento aquel dicho profético: *El Espíritu del Señor ha venido sobre mí; por lo cual me ha ungido y me ha enviado a evangelizar a los pobres*. La igualdad que tiene con el Padre, no la tiene por gracia, sino por naturaleza; pero la elevación del hombre a la unidad de persona en el Unigénito no es efecto de la naturaleza, sino de la gracia, como lo atesta el Evangelio, diciendo: *Mas el Niño crecía y se fortalecía lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba en Él*. A todos los demás se les da con medida, y después de dado se les vuelve a dar, hasta llenar en cada uno la medida de su perfección. Y por esta razón exhorta el Apóstol a *no saber más de lo que conviene saber, sino saber con moderación según la medida de la fe que Dios ha distribuido a cada uno*. No se divide con esto el Espíritu; se dividen los dones dados por el Espíritu, porque hay diversidad de dones, pero el Espíritu es siempre el mismo.

Con estas palabras: *Yo rogaré al Padre y Él os dará otro Paráclito*, declara que también Él es Paráclito, que en latín quiere decir abogado. Y de Cristo se ha dicho que *tenemos por abogado ante el Padre a Jesucristo, justo*. Y en este sentido dijo que el mundo no era capaz de recibir al Espíritu Santo, conforme lo que estaba escrito: *La prudencia de la carne es enemiga de Dios, porque no está ni puede estar sometida a la ley*; como si dijera que la injusticia no puede ser justa. Llama mundo en

este lugar a los amadores del mundo, cuyo amor no procede del Padre. Y, por lo tanto, el amor de Dios, derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado, es contrario al amor de este mundo, que tratamos de disminuir y desterrar de nosotros. *El mundo, pues, no puede recibirlo, porque no lo ve ni lo conoce*, porque el amor mundano no tiene esos ojos espirituales, sin los cuales no es posible ver al Espíritu Santo, que es invisible a los ojos de la carne.

En cambio, dice: *Vosotros lo conoceréis, porque permanecerá con vosotros y estará dentro de vosotros.*

Estará dentro de ellos para permanecer con ellos; no permanecerá con ellos para estar en ellos, porque primero hay que estar en un lugar para permanecer en él. Pero para que entendiésemos que, al decir que *permanecerá con vosotros*, no era una permanencia semejante a la de un huésped en la casa, explicó esa permanencia añadiendo que *estará dentro de vosotros*. Es invisiblemente visible y no podemos conocerlo si no está dentro de nosotros. De este modo vemos dentro de nosotros nuestra propia conciencia; vemos el rostro de los otros, pero no vemos el nuestro; vemos, en cambio, nuestra conciencia y no vemos la de los otros. Pero la conciencia no tiene existencia fuera de nosotros, y el Espíritu Santo existe también sin nosotros y se da para estar dentro de nosotros. No obstante, no podemos verlo y conocerlo como debe ser visto y conocido si no está dentro de nosotros.

***Tratados sobre el Evangelio de San Juan (t. XIV), Tratado 74, 1-5, BAC Madrid 1965, 335-41.***

---

## **FRANCISCO – Homilía del 6 de mayo de 2013**

### **No se puede entender la vida del cristiano sin el Espíritu Santo**

“El Espíritu Santo es nuestro amigo y compañero de camino y nos dice dónde está Jesús”. El papa subrayó la importancia del examen de conciencia en la vida de todo cristiano.

El santo padre ha hablado sobre el Espíritu Santo, que es “justamente Dios, la Persona Dios, que da testimonio de Jesucristo en nosotros”. Ha indicado también la protección del Espíritu Santo que “Jesús llama Paráclito”, “o sea aquello que nos defiende”, que “siempre está a nuestro lado para sostenernos”.

A continuación ha recordado que “no se puede entender la vida cristiana sin la presencia del Espíritu Santo: no sería cristiana. Sería una vida religiosa, pagana, piadosa, que cree en Dios, pero sin la vitalidad que Jesús quiere para sus discípulos. Y aquello que da la vitalidad es el Espíritu Santo, presente”. Y ha añadido que el Espíritu “da testimonio” de Jesús para que nosotros podamos darlo a los demás”.

Sobre la primera lectura ha recordado que “hay una cosa bella: aquella mujer que escuchaba a Pablo, que se llamaba Lidia. De ella se dice que el Señor le abrió el corazón para que se adhiriera a las palabras de Pablo. Esto es lo que hace el Espíritu Santo: nos abre el corazón para conocer a Jesús. Sin Él no podemos conocer a Jesús. Nos prepara al encuentro con Jesús. Nos hace ir por el camino de Jesús. El Espíritu Santo actúa en nosotros durante todo el día, durante toda nuestra vida, como testimonio que nos dice dónde está Jesús”.

El papa Francisco ha animado a la oración refiriéndose a ésta como “el camino para tener en cada momento” la gracia de la “fecundidad de la Pascua”. Se ha detenido también a hablar sobre el examen de conciencia “que los cristianos realizan con respecto a la jornada que han vivido” y ha

afirmado que es “un ejercicio que nos hace bien porque es tomar consciencia de aquello que el Señor ha obrado en nuestro corazón”.

El santo padre quiso pedir “la gracia de acostumbrarnos a la presencia de este compañero de camino, el Espíritu Santo, de este testimonio de Jesús que nos dice dónde está Jesús, cómo encontrar a Jesús, qué cosa nos dice Jesús. Tenerle una cierta familiaridad: es un amigo”. Y recordando las palabras de Jesús ‘No, no te dejo solo, te dejo a Éste’, ha proseguido “Jesús nos lo deja como amigo”.

Para finalizar ha invitado a que “antes que termine la jornada tengamos la costumbre de preguntarnos: ‘¿Qué cosa ha obrado el Espíritu Santo en mí, hoy? ¿Qué testimonio me ha dado? ¿Cómo me ha hablado? ¿Qué cosa me ha sugerido?’. Ya que el Espíritu Santo es “presencia divina que nos ayuda a ir adelante en nuestra vida de cristianos. Pidamos hoy esta gracia. Y esto hará que, como lo hemos hecho en la oración, en cada momento tengamos presente la fecundidad de la Pascua”.

---

## **BENEDICTO XVI – Regina Coeli 2011**

### **La alegría del Evangelio**

*¡Queridos hermanos y hermanas!*

En el libro de los *Hechos de los Apóstoles* se narra que, tras una primera violenta persecución, la comunidad cristiana de Jerusalén, exceptuando los apóstoles, se dispersa en las regiones circundantes y Felipe, uno de los diáconos, llega a una ciudad de Samaria. Allí predicó a Cristo resucitado, su anuncio estuvo acompañado por numerosas curaciones, así que la conclusión del episodio es muy significativa: “Y hubo una gran alegría en aquella ciudad” (*Hch* 8,8). Cada vez nos impresiona esta expresión, que en esencia nos comunica un sentido de esperanza; como si dijera: ¡es posible! Es posible que la humanidad conozca la verdadera alegría, porque allá donde llega el Evangelio, florece la vida; como un terreno árido que, llegado por la lluvia, rápidamente reverdece. Felipe y los demás discípulos, con la fuerza del Espíritu Santo, hicieron en los pueblos de Palestina lo que había hecho Jesús: predicaron la Buena Noticia y realizaron signos prodigiosos. Era el Señor el que actuaba por medio de ellos. Así como Jesús anunciaba la venida del Reino de Dios, los discípulos anunciaron a Jesús resucitado, profesando que Él es Cristo, el Hijo de Dios, bautizando en su nombre y expulsando toda enfermedad del cuerpo y del espíritu.

“Y hubo una gran alegría en aquella ciudad”. Leyendo este pasaje, espontáneamente se piensa en la fuerza sanadora del Evangelio, que a lo largo de los siglos ha “lavado”, como río beneficioso, a tantas poblaciones. Algunos grandes Santos y Santas han llevado esperanza y paz a ciudades enteras – pensemos en san Carlos Borromeo en Milán, en la época de la peste; en la beata Madre Teresa de Calcuta; y en tantos misioneros, cuyos nombres Dios conoce, que han dado la vida por llevar el anuncio de Cristo y hacer florecer entre los hombres la alegría profunda. Mientras los poderosos de este mundo buscaban conquistar nuevos territorios por intereses políticos y económicos, los mensajeros de Cristo iban por todas partes con el objetivo de llevar a Cristo a los hombres y a los hombres a Cristo, sabiendo que sólo Él puede dar la verdadera libertad y la vida eterna. También hoy la vocación de la Iglesia es la evangelización: tanto de las poblaciones que todavía no han sido “regadas” por el agua viva del Evangelio; como de aquellas que, aun teniendo antiguas raíces cristianas, necesitan linfa nueva para dar nuevos frutos, y redescubrir la belleza y la alegría de la fe.



Queridos amigos, el beato Juan Pablo II ha sido un gran misionero, como documenta también una muestra preparada estos días en Roma. Él relanzó la misión *ad gentes* y, al mismo tiempo, promovió la nueva evangelización. Confiamos la una y la otra a la intercesión de María Santísima. Que la Madre de Cristo acompañe siempre y en todas partes el anuncio del Evangelio, para que se multipliquen y se amplíen en el mundo los espacios en los que los hombres reencuentran la alegría de vivir como hijos de Dios.

---

## **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**

### **CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA**

#### **La oración de Jesús en la Última Cena**

**2746.** Cuando ha llegado su hora, Jesús ora al Padre (cf *Jn* 17). Su oración, la más larga transmitida por el Evangelio, abarca toda la Economía de la creación y de la salvación, así como su Muerte y su Resurrección. Al igual que la Pascua de Jesús, sucedida “una vez por todas”, permanece siempre actual, de la misma manera la oración de la Hora de Jesús sigue presente en la Liturgia de la Iglesia.

**2747.** La tradición cristiana acertadamente la denomina la oración “sacerdotal” de Jesús. Es la oración de nuestro Sumo Sacerdote, inseparable de su sacrificio, de su “paso” [pascua] hacia el Padre donde él es “consagrado” enteramente al Padre (cf *Jn* 17, 11. 13. 19).

**2748.** En esta oración pascual, sacrificial, todo está “recapitulado” en Él (cf *Ef* 1, 10): Dios y el mundo, el Verbo y la carne, la vida eterna y el tiempo, el amor que se entrega y el pecado que lo traiciona, los discípulos presentes y los que creerán en Él por su palabra, la humillación y su gloria. Es la oración de la unidad.

**2749.** Jesús ha cumplido toda la obra del Padre, y su oración, al igual que su sacrificio, se extiende hasta la consumación de los siglos. La oración de la Hora de Jesús llena los últimos tiempos y los lleva hacia su consumación. Jesús, el Hijo a quien el Padre ha dado todo, se entrega enteramente al Padre y, al mismo tiempo, se expresa con una libertad soberana (cf *Jn* 17, 11. 13. 19. 24) debido al poder que el Padre le ha dado sobre toda carne. El Hijo que se ha hecho Siervo, es el Señor, el «Pantocrátor». Nuestro Sumo Sacerdote que ruega por nosotros es también el que ora en nosotros y el Dios que nos escucha.

**2750.** Si en el Santo Nombre de Jesús, nos ponemos a orar, podemos recibir en toda su hondura la oración que Él nos enseña: “¡Padre Nuestro!”. La oración sacerdotal de Jesús inspira, desde dentro, las grandes peticiones del Padre Nuestro: la preocupación por el Nombre del Padre (cf *Jn* 17, 6. 11. 12. 26), el deseo de su Reino (la gloria; cf *Jn* 17, 1. 5. 10. 24. 23-26), el cumplimiento de la voluntad del Padre, de su designio de salvación (cf *Jn* 17, 2. 4 .6. 9. 11. 12. 24) y la liberación del mal (cf *Jn* 17, 15).

**2751.** Por último, en esta oración Jesús nos revela y nos da el “conocimiento” indisociable del Padre y del Hijo (cf *Jn* 17, 3. 6-10. 25) que es el misterio mismo de la vida de oración.

#### **El Espíritu Santo, consolador/defensor**

**243.** Antes de su Pascua, Jesús anuncia el envío de “otro Paráclito” (Defensor), el Espíritu Santo. Este, que actuó ya en la Creación (cf. *Gn* 1,2) y “por los profetas” (*Símbolo Niceno-Constantinopolitano*: DS 150), estará ahora junto a los discípulos y en ellos (cf. *Jn* 14,17), para

enseñarles (cf. *Jn* 14,16) y conducirlos “hasta la verdad completa” (*Jn* 16,13). El Espíritu Santo es revelado así como otra persona divina con relación a Jesús y al Padre.

**388.** Con el desarrollo de la Revelación se va iluminando también la realidad del pecado. Aunque el Pueblo de Dios del Antiguo Testamento conoció de alguna manera la condición humana a la luz de la historia de la caída narrada en el Génesis, no podía alcanzar el significado último de esta historia que sólo se manifiesta a la luz de la muerte y de la resurrección de Jesucristo (cf. *Rm* 5,12-21). Es preciso conocer a Cristo como fuente de la gracia para conocer a Adán como fuente del pecado. El Espíritu-Paráclito, enviado por Cristo resucitado, es quien vino “a convencer al mundo en lo referente al pecado” (*Jn* 16,8) revelando al que es su Redentor.

**692.** Jesús, cuando anuncia y promete la Venida del Espíritu Santo, le llama el “Paráclito”, literalmente “aquel que es llamado junto a uno”, *advocatus* (*Jn* 14, 16. 26; 15, 26; 16, 7). “Paráclito” se traduce habitualmente por “Consolador”, siendo Jesús el primer consolador (cf. *1 Jn* 2, 1). El mismo Señor llama al Espíritu Santo “Espíritu de Verdad” (*Jn* 16, 13).

**729.** Solamente cuando ha llegado la hora en que va a ser glorificado Jesús *promete* la venida del Espíritu Santo, ya que su Muerte y su Resurrección serán el cumplimiento de la Promesa hecha a los Padres (cf. *Jn* 14, 16-17. 26; 15, 26; 16, 7-15; 17, 26): El Espíritu de Verdad, el otro Paráclito, será dado por el Padre en virtud de la oración de Jesús; será enviado por el Padre en nombre de Jesús; Jesús lo enviará de junto al Padre porque él ha salido del Padre. El Espíritu Santo vendrá, nosotros lo conoceremos, estará con nosotros para siempre, permanecerá con nosotros; nos lo enseñará todo y nos recordará todo lo que Cristo nos ha dicho y dará testimonio de Él; nos conducirá a la verdad completa y glorificará a Cristo. En cuanto al mundo, lo acusará en materia de pecado, de justicia y de juicio.

**1433.** Después de Pascua, el Espíritu Santo “conviene al mundo en lo referente al pecado” (*Jn* 16, 8-9), a saber, que el mundo no ha creído en el que el Padre ha enviado. Pero este mismo Espíritu, que desvela el pecado, es el Consolador (cf. *Jn* 15,26) que da al corazón del hombre la gracia del arrepentimiento y de la conversión (cf. *Hch* 2,36-38; Juan Pablo II, *Dominum et vivificantem*, 27-48).

**1848.** Como afirma san Pablo, “donde abundó el pecado, [...] sobreabundó la gracia” (*Rm* 5, 20). Pero para hacer su obra, la gracia debe descubrir el pecado para convertir nuestro corazón y conferirnos “la justicia para la vida eterna por Jesucristo nuestro Señor” (*Rm* 5, 20-21). Como un médico que descubre la herida antes de curarla, Dios, mediante su Palabra y su Espíritu, proyecta una luz viva sobre el pecado:

*«La conversión exige el reconocimiento del pecado, supone el juicio interior de la propia conciencia, y éste, puesto que es la comprobación de la acción del Espíritu de la verdad en la intimidad del hombre, llega a ser al mismo tiempo el nuevo comienzo de la dádiva de la gracia y del amor: “Recibid el Espíritu Santo”. Así, pues, en este “convencer en lo referente al pecado” descubrimos una «doble dádiva»: el don de la verdad de la conciencia y el don de la certeza de la redención. El Espíritu de la verdad es el Paráclito» (DeV 31).*

### **Invocar al Espíritu Santo**

**1083.** Se comprende, por tanto, que en cuanto respuesta de fe y de amor a las “bendiciones espirituales” con que el Padre nos enriquece, la liturgia cristiana tiene una doble dimensión. Por una parte, la Iglesia, unida a su Señor y “bajo la acción del Espíritu Santo” (*Lc* 10,21), bendice al Padre “por su don inefable” (*2 Co* 9,15) mediante la adoración, la alabanza y la acción de gracias. Por otra parte, y hasta la consumación del designio de Dios, la Iglesia no cesa de presentar al Padre “la ofrenda de sus propios dones” y de implorar que el Espíritu Santo venga sobre esta ofrenda, sobre

ella misma, sobre los fieles y sobre el mundo entero, a fin de que por la comunión en la muerte y en la resurrección de Cristo-Sacerdote y por el poder del Espíritu estas bendiciones divinas den frutos de vida “para alabanza de la gloria de su gracia” (Ef 1,6).

**2670.** «Nadie puede decir: “¡Jesús es Señor!” sino por influjo del Espíritu Santo» (1 Co 12, 3). Cada vez que en la oración nos dirigimos a Jesús, es el Espíritu Santo quien, con su gracia preveniente, nos atrae al camino de la oración. Puesto que Él nos enseña a orar recordándonos a Cristo, ¿cómo no dirigirnos también a él orando? Por eso, la Iglesia nos invita a implorar todos los días al Espíritu Santo, especialmente al comenzar y al terminar cualquier acción importante.

*«Si el Espíritu no debe ser adorado, ¿cómo me diviniza él por el Bautismo? Y si debe ser adorado, ¿no debe ser objeto de un culto particular?» (San Gregorio Nacianceno, Oratio [teológica] 5, 28).*

**2671.** La forma tradicional para pedir el Espíritu es invocar al Padre por medio de Cristo nuestro Señor para que nos dé el Espíritu Consolador (cf Lc 11, 13). Jesús insiste en esta petición en su nombre en el momento mismo en que promete el don del Espíritu de Verdad (cf Jn 14, 17; 15, 26; 16, 13). Pero la oración más sencilla y la más directa es también la más tradicional: “Ven, Espíritu Santo”, y cada tradición litúrgica la ha desarrollado en antífonas e himnos:

*«Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor» (Solemnidad de Pentecostés, Antífona del «Magnificat» in I Vísperas: Liturgia de las Horas; cf. Solemnidad de Pentecostés, misa del día, Secuencia: Leccionario, V, 1).*

*«Rey celeste, Espíritu Consolador, Espíritu de Verdad, que estás presente en todas partes y lo llenas todo, tesoro de todo bien y fuente de la vida, ven, habita en nosotros, purifícanos y sálvanos. ¡Tú que eres bueno!» (Oficio Bizantino de las Horas, Oficio Vespertino del día de Pentecostés, capítulo 4: «Pentekostárion»).*

**2672.** El Espíritu Santo, cuya unción impregna todo nuestro ser, es el Maestro interior de la oración cristiana. Es el artífice de la tradición viva de la oración. Ciertamente hay tantos caminos en la oración como orantes, pero es el mismo Espíritu el que actúa en todos y con todos. En la comunión en el Espíritu Santo la oración cristiana es oración en la Iglesia.

---

**RANIERO CANTALAMESSA ([www.cantalamessa.org](http://www.cantalamessa.org))**

### **Hacerse paráclitos**

Nos estamos acercando a la fiesta de Pentecostés y la liturgia comienza a prepararnos a ella. La primera lectura, sacada de los *Hechos de los apóstoles*, nos habla del Espíritu Santo. En Samaria muchos han acogido el mensaje cristiano. Dos apóstoles vienen de Jerusalén para confirmarles en la fe y no tardan en darse cuenta de una cosa: las personas han sido regularmente bautizadas; pero, no muestran ninguno de los signos que solían acompañar a la venida del Espíritu Santo: alegría, entusiasmo, hechos prodigiosos... Entonces, los apóstoles realizaron un gesto que preanunciaba nuestro actual sacramento de la confirmación: «Les imponían las manos y recibían el Espíritu Santo».

En el Evangelio, Jesús habla a los discípulos del Espíritu con el término característico de Paráclito: «Yo le pediré al Padre que os dé otro defensor, que esté siempre con vosotros, el Espíritu de la verdad».

Poco después del fragmento de hoy, vuelve de nuevo sobre el mismo tema diciéndoles: «Os he dicho estas cosas estando entre vosotros. Pero el paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho».

Paráclito es un término griego que significa: o bien consolador o bien defensor o bien ambas cosas a la vez. Aplicado al Espíritu Santo este título constituye el arribo de un tema presente en toda la Biblia. En el Antiguo Testamento Dios es el gran consolador de su pueblo, el que proclama: «Yo, yo soy tu consolador» (al pie de la letra en la versión de los Setenta, ¡tu Paráclito!) (*Isaías* 51,12), aquel que «consuela como una madre» (*Isaías* 66, 13). Esta consolación de Dios o este «Dios de la paciencia y del consuelo» (*Romanos* 15,5) se ha «encarnado» en Jesucristo, que se define indirectamente como el primer consolador, defensor o Paráclito.

Es él quien clama en el Evangelio: «Venid a mí todos los que estáis cansados y fatigados, y yo os daré descanso» (*Mateo* 11,28). El Espíritu Santo siendo en esto, como en cualquier otro ámbito, quien continúa la obra de Cristo y quien lleva a cumplimiento las obras comunes de la Trinidad, no podía no definirse, también él, como el Consolador, «defensor, que esté siempre con vosotros», como lo define Jesús.

Pero, todo esto no basta para explicar por qué Juan en su Evangelio insista tanto en el título de Paráclito. Eso debe su origen y su importancia asimismo en la experiencia. La Iglesia entera después de Pascua ha hecho una experiencia viva y fuerte del Espíritu como consolador, defensor y aliado en las dificultades externas e internas, en las persecuciones, en los procesos y en la vida de cada día.

En los *Hechos* leemos: «Las iglesias por entonces gozaban de paz en toda Judea, Galilea y Samaria; pues se edificaban y progresaban en el temor del Señor y estaban llenas de la consolación (*paraclesis*) del Espíritu Santo» (*Hechos* 9, 31).

Paráclito, he dicho, puede significar dos cosas: defensor y consolador. En los primeros siglos, cuando la Iglesia está en estado de persecución y hace la experiencia cotidiana de procesos y condenas, se ve en el Paráclito sobre todo al abogado y al defensor divino contra los acusadores humanos. Él se ha ejercitado Como el que asiste a los mártires y ante los jueces en los tribunales; el que pone en su boca la palabra que nadie está en disposición de contradecir.

Saliendo de la era de las persecuciones se traslada el acento y el significado predominante del Paráclito llega a ser el de consolador en las tribulaciones y en las angustias de la vida. San Buenaventura pone en comparación entre sí a la consolación de los hombres y la del Espíritu Santo y ve tres diferencias fundamentales entre las dos.

«La consolación del Espíritu es verdadera, perfecta y proporcionada. Es *verdadera*, porque usa la consolación allí donde ha de aplicarla, esto es, en el alma, no en los instintos de la carne, lo cual es lo opuesto de cuanto hace el mundo, que consuela la carne y aflige al alma, semejante en esto a un hospedero malo, que cuida al caballo y desatiende al caballero.

Es *perfecta*, porque consuela en cada tribulación; no como hace el mundo, que, al dar una consolación, proporciona dos tribulaciones, como uno que remienda un viejo gabán cerrando un agujero y abriendo otros dos. Es *proporcionada*, porque allá donde hay una mayor tribulación aporta una mayor consolación; no como hace el mundo que consuela y lisonjea en la prosperidad y en la adversidad irrita y condena».

Ahora, debemos sacar de nuestra contemplación del Paráclito una consecuencia práctica y operativa. En efecto, no basta estudiar el significado del término Paráclito y ni siquiera honrar e

invocar al Espíritu Santo con este nombre. ¡Es necesario que nosotros mismos lleguemos a ser paráclitos!

Si es verdad que el cristiano debe ser un *alter Christus* u otro Cristo, es asimismo verdadero que debe ser «otro Paráclito». Éste es un título para imitar y para vivir, no sólo para comprender.

Mediante el Espíritu Santo ha sido derramado el amor de Dios en nuestros corazones (cfr. *Romanos* 5, 5); esto es, bien sea el amor con que somos amados por Dios bien sea el amor por el que somos hechos capaces, a nuestra vez, de amar a Dios y al prójimo. Aplicada a la consolación (la forma que toma el amor ante el sufrimiento de la persona amada) la palabra del Apóstol viene a decirnos una cosa importantísima: que el Paráclito no se limita a darnos algo de consuelo, como un deleite, sino que nos enseña el arte de consolar.

En otras palabras, no sólo nos consuela sino que también por nuestra parte nos hace capaces de consolar a los demás. Nos lo explica bien san Pablo. Él escribe: «¡Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre misericordioso y Dios de toda consolación, que nos consuela en toda tribulación nuestra para poder nosotros consolar a los que están en toda tribulación, mediante el consuelo con que nosotros somos consolados por Dios!» (2 *Corintios* 1, 3-4).

La palabra griega, de la que proviene el nombre Paráclito, vuelve a aparecer en este texto, al menos, cinco veces, bien como verbo bien como sustantivo. Contiene lo esencial para una teología de la consolación.

El consuelo verdadero viene de Dios, que es el «Padre de toda consolación». Viene sobre quien está en la aflicción; pero, no se detiene en él. Su fin último es logrado cuando quien ha experimentado el consuelo se sirve, a su vez, de él para consolar a otros.

Pero, ¿consolar cómo? Aquí está lo importante. Con la consolación misma con que él ha sido consolado por Dios; con un consuelo divino, no humano. No contentándose con repetir inútiles palabras de circunstancias, que pronto abandonan el terreno que encuentran «¡ánimo, no te desanimes; verás que todo se resolverá según lo mejor!», sino «para que con la paciencia y el consuelo que dan las Escrituras mantengamos la esperanza» (*Romanos* 15, 4). Así se explican los milagros que una sencilla palabra o un gesto, puestos en un clima de oración, son capaces de realizar junto a la cabecera de un enfermo con la fe en la presencia del Espíritu. Es Dios el que está consolando a través de ti.

En un cierto sentido, hasta el Espíritu Santo tiene necesidad de nosotros para ser Paráclito. Él quiere consolar, defender, exhortar; pero, no tiene boca ni manos ni ojos para «dar cuerpo» a su consuelo. O mejor, tiene nuestras manos, nuestros ojos y nuestra boca.

Nuestra alma puede hasta desear hacer una sonrisa o una caricia (a un niño, a la mujer o al marido); pero, de por sí no puede conseguirla; tiene necesidad que la mano traduzca en acto su deseo. Como el alma actúa, se mueve, sonrío, a través de los miembros de nuestro cuerpo, así el Espíritu Santo actúa con los miembros de «su» cuerpo, que es la Iglesia.

Cuando el Apóstol les exhorta a los cristianos de Tesalónica diciendo: «Consolaos mutuamente» (1 *Tesalonicenses* 5, 11) es como si nos dijese: «Haceos paráclitos» los unos de los otros. Si el consuelo, que recibimos del Espíritu, no pasa de nosotros a los demás, si queremos guardarlo egoístamente sólo para nosotros, el consuelo bien pronto se corrompe.

He aquí, por qué una hermosa plegaria, atribuida a san Francisco de Asís, dice:

«Que yo no busque tanto

el ser consolado, cuanto el consolar;  
ser comprendido, cuanto comprender;  
ser amado, cuanto amar...»

A luz de lo que os he dicho, no es difícil descubrir quiénes son hoy los paráclitos en tomo a nosotros. Son los que se inclinan sobre los enfermos terminales y los enfermos del SIDA; los que se preocupan de aliviar la soledad de los ancianos; los voluntarios, que dedican su tiempo a visitas a los hospitales. Los que se dedican a los niños, víctimas de abusos de todo género, dentro y fuera de casa. Paráclitos son igualmente quienes se hacen paladines de los derechos de los menores amenazados, al igual como ciertas poblaciones indias de la América latina, o que se hacen voz de quienes no la tienen.

Nosotros, los sacerdotes y religiosos, todos debemos ser paráclitos, esto es, instrumentos de consolación del Espíritu, sobre todo de quien viene la palabra de Dios, de la esperanza y del perdón sacramental. Es a nosotros, sacerdotes y predicadores, a los que hoy se dirige de un modo del todo particular el mandamiento, que Dios daba a sus profetas en el Antiguo Testamento: «Consolad, consolad (*parakaleite*) a mi pueblo» (*Isaías 40,1*).

Terminemos nuestra reflexión, recitando juntos los primeros versículos de la Secuencia de Pentecostés, en donde el Espíritu Santo es invocado como «perfecto consolador»:

«Ven, Espíritu divino,  
manda tu luz desde el cielo.  
Padre amoroso del pobre;  
don, en tus dones espléndido;  
luz que penetra las almas;  
fuente del mayor consuelo.  
Ven, dulce huésped del alma,  
descanso de nuestro esfuerzo,  
tregua en el duro trabajo,  
brisa en las horas de fuego,  
gozo que enjuga las lágrimas  
y reconforta en los duelos».

---

**FLUVIUM ([www.fluvium.org](http://www.fluvium.org))**

### **La auténtica vida nuestra**

En este sexto domingo de Pascua nos ofrece la Liturgia otro pasaje del Evangelio de san Juan que se refiere nuevamente a la vida en Cristo a la que Dios nos destina. En la intimidad de la Última Cena Jesús manifiesta a sus discípulos el sentido profundo de su presencia entre los hombres: que podamos recibir el Espíritu Santo; que podamos, así, ser amados por Dios.

Recibir el amor de Dios es lo máximo. En ese amor están contenidos todos los tesoros que pueden ser pensados: aquello que satisface plenamente y sin cansancio nuestros apetitos, no solamente de modo genérico, en cuanto personas que somos, sino nuestros deseos y gustos individuales. Dios, que nos ha creado, conoce a la perfección lo que satisface a cada uno.

Es Dios quien toma la iniciativa, ya que, siendo criaturas, en modo alguno podíamos prever la grandeza de la vida en Él mismo a la que nos invita, gracias a su amor totalmente desinteresado. Reconocemos, pues, que con la misma libertad con que crea, llamando a la existencia a las demás

criaturas, a los hombres los hace dignos de Sí: con capacidad para acoger su amor y para manifestarle amor.

*¡Sólo las bestias no rezan!*, afirmaba con fuerza san Josemaría. Quería referirse a que lo más propio del ser humano es su relación con Dios, consciente y libre: ese trato personal y espiritual, que solamente la criatura humana puede tener en este mundo con el Creador, y que llamamos oración. No rezar, por tanto, es quedarse –en cierta medida, al menos– al nivel de los irracionales, que no pueden rezar. Orar, por el contrario, por cuanto supone entrar en relación con el Ser más grandioso que existe y podemos pensar, es lo que objetivamente más nos dignifica. Lo que, por otra parte, nos puede proporcionar la máxima impresión de plenitud. Podemos afirmar, sin duda, que valemos tanto como vale nuestra oración.

En la misma raíz de tal dignidad humana está la libertad: característica decisiva del hombre, de la que no gozan los demás seres creados de este mundo. Haciéndonos libres –a su imagen y semejanza–, podemos lograr a Dios nosotros mismos, aunque necesariamente deba ser por su omnipotencia. **Si me amáis...**, dice. Porque Jesús quiere garantizar nuestra libertad y condiciona la acción divina sobre el hombre –siempre amorosa y enriquecedora– al consentimiento humano. Pero ese amor a Dios, que debe concretarse en las obras que espera de nosotros –los mandamientos–, es el comienzo de la vida divina para la que fuimos creados. Este modo de existir totalmente distinto, sobrenatural, no puede ser sino por un nuevo don –la Gracia o participación en su naturaleza divina– que enriquece más la nuestra, ya de suyo superior al resto de la creación corpórea.

El Espíritu, en efecto, es la gran Novedad de Dios para el hombre. Es la tercera de las personas divinas, enviado por el Padre y el Hijo, que nos hace vivir en Dios; lo cual supone tal fortuna que somos incapaces de valorar adecuadamente. Sin embargo, ocupados como estamos en tantas cosas –a veces, demasiado ocupados, e incluso absortos por lo material de cada día–, esa vida en Dios para la que fuimos creados, la única que propiamente nos corresponde y que da razón de nuestra dignidad, nos puede parecer poco importante. Sería algo –podríamos pensar– de lo que ocuparse cuando lo demás, lo propiamente decisivo, por así decir, estuviera resuelto.

No queramos caer en la trampa que, como a un animal más, nos tienden los bienes sensibles, por su atractivo o con su urgencia. Así se nos antoja lo que apetece, el progreso, el descanso, la comodidad... Pero gracias a la inteligencia, podemos descubrir el engaño que esconde de suyo la satisfacción sin medida de los apetitos, cuando no se moderan por la decisión de buscar a Dios en todo. Ese modo de actuar, supondría utilizar egoístamente lo que nos ha concedido Dios para nuestro verdadero fin, para amarle. Sería ponernos a nosotros mismos en lugar a de Dios como fin de la vida. Nos interesa, por consiguiente, estar prevenidos, desconfiar de nuestras tendencias –no por ser nuestras son siempre buenas–, que incitan a conducir la vida humana al margen de Dios: por caminos que, aunque los transitemos libremente y sean apetecibles, no concluyen en nuestra genuina e inigualable plenitud. El hombre no es como un pez, que no sabe descubrir en la carnaza que le atrae el engaño mortal. Tenemos capacidad para descubrir que sólo es Dios el Bien que nos dignifica.

El paso del tiempo y las diversas experiencias en la vida de los hombres nos han enseñado además que, hasta por razones de bienestar y eficacia, nos conviene acatar la ley de Dios. De lo contrario, nos tocará casi siempre reconocer, y bastante pronto, que la felicidad de lo meramente fácil o atrayente era sólo una apariencia de felicidad o cosa de pocos momentos. Contamos, en cambio con el ejemplo estimulante de nuestra Madre, verdaderamente feliz por Dios, siendo su esclava.

**PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**

*Él les dará otro Paráclito*

Con este domingo, la atención se desplaza de Cristo al Espíritu Santo, del Resucitado a su don. Comienza una especie de pequeño Adviento como preparación de Pentecostés. La venida de Cristo fue preparada, durante siglos, por el anuncio de los profetas, e indicada por Juan Bautista; la del Espíritu Santo fue anunciada por la promesa de Jesús; fue el mismo Jesús, por así decirlo, el precursor del Paráclito: *Y yo rogaré al Padre y él les dará otro Paráclito para que esté siempre con ustedes: el Espíritu de la Verdad.*

En la primera lectura, hemos escuchado el relato de la venida del Espíritu Santo a una de las primeras comunidades cristianas: aquella formada en Samaría para la predicación del apóstol Felipe. Habiéndose sabido que la Samaría había recibido bien la palabra de Dios, de Jerusalén se envía a Pedro y Juan: *Entonces les impusieron las manos y recibieron el Espíritu Santo*, El Espíritu va allí donde ya ha sido bien recibida la palabra de Dios.

En la intención de la Iglesia, estas lecturas deben prepararnos para esperar y desear, también nosotros, la venida del Espíritu Santo en Pentecostés. Deben ayudarnos sobre todo a conocer mejor a aquel a quien esperamos.

¿Quién es el Espíritu Santo? A esta pregunta estamos habituados a contestar: la tercera persona de la Trinidad. Con eso hemos dicho todo acerca de él. Él, en efecto, es de veras una persona. No es simplemente la fuerza impersonal de Dios o su soplo creador, como se pensaba en el Antiguo Testamento. No es el aliento del hombre, el principio divino en él, y ni siquiera “la materia de que está hecho Dios”, como pensaban los filósofos estoicos de Grecia. Cristo nos dijo del Espíritu Santo que es enviado, que viene, que habita; Pablo precisó que él ruega dentro de nosotros con gemidos inefables, que distribuye sus dones en la Iglesia. Los teólogos dicen que es el amor del Padre y del Hijo, un amor tan fuerte y real que no se agota en un movimiento transitorio del alma, sino que constituye una entidad, “un modo de ser” de Dios objetivo y subjetivo al mismo tiempo (*hipóstasis y persona* en el lenguaje de los Padres).

Esto es entonces el Espíritu en sí. Pero si con ello hemos dicho todo de él, hemos dicho poco o nada para nosotros. Todavía no podemos conocer qué es Dios y el Espíritu de Dios en sí mismo, pero podemos conocer qué es para nosotros. Y lo que el Espíritu Santo es para nosotros nos lo dijo Jesús en el Evangelio de hoy con una palabra: el Paráclito, es decir, el Protector. Para Juan, éste es casi el nombre propio del Espíritu Santo.

A menudo se habla del Espíritu Santo como de aquel que da luz, es decir, sabiduría, consejo, inteligencia y ciencia, y como de aquel que da fuerza: *Permanezcan en la ciudad hasta que sean revestidos con la fuerza que viene de lo alto* (Lc. 24, 48). Pero el hombre no tiene necesidad sólo de luz para ver y de fuerza para obrar; también tiene necesidad de consuelo para vivir. Su corazón está inquieto, dice San Agustín; a menudo se siente solo y amenazado en este universo; el cansancio lo abate, el futuro lo atemoriza, los amigos lo traicionan. ¿Quién será su protector capaz de darle ánimo, confianza y esperanza? *¡Soy yo, soy yo –dice el Señor– el que los consuelo! ¿Quién eres tú para temer a un mortal?... ¿Temblarás sin cesar, todo el día, ante la furia del opresor cuando se dispone a destruir? Pero, ¿dónde está la furia del opresor?... Yo soy el Señor, tu Dios... ¡Tú eres mi Pueblo!* (Is. 51. 12-16). A sus profetas, Dios les dice: *¡Consuelen, consuelen a mi Pueblo!* (Is. 40, 1).

El Dios de la Biblia está muy lejos del “Dios de las gentes”. Este último a menudo es representado colérico (como la divinidad etrusca), muy dispuesto a comportarse cruelmente incluso con los muertos; o como capaz de sentir envidia con respecto a los hombres, tal como era el dios de



los griegos. San Pablo, que tenía presentes estas otras imágenes de Dios a su alrededor, dice: *Bendito sea Dios... Padre de las Misericordias y Dios de todo consuelo* (2 Cor. 1, 3).

Este consuelo de Dios fue como encarnado por primera vez en Jesucristo. Él pasó consolando toda clase de sufrimientos y predicando el consuelo: *Felices los afligidos porque serán consolados* (Mt. 5, 5). *Vengan a mí todos los que están afligidos y agobiados, y yo los aliviaré* (Mt. 11, 28). Antes de irse de este mundo, él rogó al Padre que nos mandase otro protector, alguien que se quedase con nosotros para siempre.

Éste es el Espíritu: el “protector óptimo”, como lo invoca la liturgia en Pentecostés; aquel que hasta la parusía estará con nosotros para consolarnos. Permanecerá “con nosotros”: es decir, no nos consolará desde afuera, o desde lejos, sino estando con nosotros, hablándonos desde adentro, en calidad de nuestro “dulce huésped”; *él permanece con ustedes y estará en ustedes*, dijo Jesús (Jn. 14, 17)

El consuelo de Dios es su amor por nosotros hecho persona. Sin embargo, nosotros lo recogemos en la Iglesia y desde la Iglesia, que es su primera destinataria. Después de Pentecostés, narran los Hechos de los Apóstoles, la Iglesia *se iba consolidando, vivía en el temor del Señor y crecía en número, asistida por el Espíritu Santo* (Hech. 9, 31).

Ahora es el momento de preguntarnos: ¿y nosotros qué hacemos? ¿No se espera nada de nosotros para ser dignos de recibir este consuelo? ¿Y por qué, entonces, estamos tan carentes de este consuelo, resecos como “tamarindos en la estepa” y, en consecuencia, como toda persona descontenta, somos malos también con los otros?

La primera razón se descubre al reflexionar sobre el nombre mismo del Espíritu Santo: Paráclito indica, sí, a aquel que acude en defensa de alguien, que consuela; pero significa también, en pasivo, aquel que es llamado para defender, aquel de quien se busca consuelo. Nosotros no recurrimos en forma suficiente a esta fuente de consuelo. Recurrimos a otras. Buscamos agua en las cisternas agrietadas que son las riquezas, la diversión, los placeres, las distracciones, las cosas de la carne, en una palabra. Mendigamos un poco de consuelo de los hombres, que no pueden darlo, o al menos que no pueden darlo en forma duradera y que no siempre pueden hacerla.

La segunda razón es que *Dios consuela a los afligidos* (2 Cor. 7, 6) y a ellos les concede sus favores. Los soberbios son inmunes a su ternura, son autosuficientes; Dios los *mira de lejos*, aún más, a menudo los hace bajar del trono de sus falsas seguridades. Nosotros somos demasiado poco humildes y demasiado poco niños para merecer la ternura de Dios.

Destinatario del consuelo de Dios por medio del Espíritu Santo: así se nos aparece hoy el creyente en Cristo. Pero un destinatario no exclusivo; Dios no consuela a algunos hombres prefiriéndolos a otros –aun cuando estuvieran afligidos–, sino que lo hace para que, a su vez, ellos se conviertan en consoladores de los hermanos. Dios, escribía san Pablo *nos reconforta en todas nuestras tribulaciones, para que nosotros podamos dar a los que sufren el mismo consuelo que recibimos de Dios* (2 Cor. 1, 4). Nosotros debemos ser paráclitos con respecto a nuestros hermanos, gente que sepa adivinar dónde hay una aflicción para aliviar, una tristeza para reconfortar, un miedo para ayudar a superar, una soledad para romper.

Él vendrá a ustedes, prometió el Señor al hablar del Espíritu. La Eucaristía es el sacramento que renueva esta presencia del Espíritu Santo en nosotros, como Espíritu del Cristo resucitado. “A nosotros que nos nutrimos con el cuerpo y sangre de Cristo, otorga la plenitud del Espíritu Santo”: así rezaremos al Padre en el Canon de la Misa, sabiendo que con la plenitud del Espíritu Santo él nos dará también la plenitud de su consuelo.

---

**BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**

*Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II*

**Homilía en Viterbo (27-V-1984)**

**– Alegría pascual**

La Iglesia adora hoy a Dios con el Salmo responsorial de su liturgia, y en este Salmo se refleja la profunda alegría del tiempo pascual.

La obra de Dios: la obra admirable que ha realizado en medio de los hombres. La ha realizado en Jesucristo, crucificado y resucitado. Dios la ha realizado por medio de Él, que se hizo obediente hasta la muerte de cruz (cfr. Fil 2,8), y con esta obediencia nacida del amor hacia el Padre y hacia los hombres venció la muerte y reveló la vida en toda su definitiva verdad y realidad.

Esta obra fue realizada por Dios y por Cristo Señor ante los ojos de los testigos. Y es precisamente su voz, juntamente con el grito del Salmo, la que nos invita a todos a venir y ver la obra de la resurrección y la redención. Toda la tierra y toda la creación narran de un modo nuevo la gloria de Dios: también la tierra y las criaturas participan de la resurrección de Cristo.

La Iglesia es portavoz y servidora de esta gloria. Es “salmista” de las cosas admirables que Dios ha hecho entre los hombres. Y simultáneamente la Iglesia, en este domingo pascual, lee con atención los Hechos de los Apóstoles para recordar, una vez más, cómo la resurrección de Cristo produjo los primeros efectos en medio de los hombres.

Mirad, leemos que el diácono Felipe predicó a Cristo en Samaria, confirmando con signos la verdad de la enseñanza anunciada. Y de este modo Samaria recibió la palabra de Dios. Siguiendo a Felipe se encaminaron a esa ciudad los Apóstoles Pedro y Juan, para imponer las manos, en nombre del Señor Jesús, sobre los bautizados y sobre los que recibían el Espíritu Santo (cfr. Hch 8,5-8).

“Aclamad al Señor tierra entera” (Sal 65,1).

**– Promesa del Espíritu Santo**

Este domingo, la Iglesia, llena de alegría pascual, preparándose a la Ascensión del Señor, vive al mismo tiempo, la promesa de otro Defensor: el Espíritu de la verdad (Jn 14,16-17).

Cristo Señor, al prometer, la víspera de la pasión, el Espíritu Santo que sería enviado, dice a los Apóstoles: “No os dejaré desamparados, volveré” (Jn 14,18).

Lo mismo que cada año, nos preparamos para Pentecostés. En esta preparación se encierra la alegría de una nueva venida de Cristo mismo. Él, resucitado y glorificado, permaneciendo en el Padre, viene, al mismo tiempo, a nosotros en el Espíritu Santo, en el Consolador, en el Espíritu de la verdad.

Y en esta nueva venida suya se revela nuestra unión con el Padre: “Sabréis que yo estoy con mi Padre, vosotros conmigo y yo con vosotros” (Jn 14,20). La Iglesia hoy se ve a sí misma como el pueblo de Dios unido al Padre en Jesús mediante la fuerza del Espíritu Santo.

Y la Iglesia se alegra con esta verdad, con esta realidad. La Iglesia encuentra en ella, siempre de nuevo, la fuente inagotable de su misión y de su aspiración a la santidad.

**– Mandamiento del amor**

La misión de la Iglesia, su aspiración a la santidad, se realiza mediante el amor.

Cristo dice en el Evangelio de hoy: (Jn 14,21) “El que acepta mis mandamientos y los guarda, ése me ama: al que me ama, lo amaré mi Padre, y yo también lo amaré y me revelaré a él”.

Así pues, el amor nos introduce en el más profundo conocimiento de Jesucristo. El amor abre ante el corazón humano el misterio de esta unión con el Padre en Cristo mediante la fuerza del Espíritu Santo, que actúa en nosotros.

Y por esto, el amor es el mandamiento mayor del Evangelio. En él se cumplen todos los mandamientos y consejos. Es “el vínculo de la perfección” (Col 3,14).

“Aclamad al Señor, tierra entera”.

Mirad lo que dice el Apóstol en su primera Carta, de la que está tomada la segunda lectura de la liturgia de hoy: “Glorificad en vuestros corazones a Cristo Señor y estad siempre prontos para dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pidiera...” (1 Pe 3,15).

Hay una primera invitación: una fe lúcida, consciente, valiente. Esta fe nos pide Cristo crucificado y resucitado, también en nuestros tiempos. De ella toma origen asimismo toda la esperanza cristiana.

Y ved luego las ulteriores palabras del Apóstol: “Pero con mansedumbre y respeto y en buena conciencia... Que mejor es padecer haciendo el bien, si tal es la voluntad de Dios, que padecer haciendo el mal” (1 Pe 3,16-17).

La segunda invitación: ¡Que la fe brote de las obras! ¡Que la fe forma las conciencias! Cristo crucificado y resucitado es la “medida” más perfecta de nuestra conducta.

\*\*\*

### ***Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva***

“Si me amáis, guardaréis mis mandamientos”. El amor no es algo lírico y vaporoso, sino cumplimiento del querer bueno y sabio de Dios, Padre nuestro. El Señor, que censuró sin miramientos los numerosos preceptos judíos calificándolos de carga pesada (Mt 23,4), recuerda que no hay amor a Dios y a los demás allí donde no hay obras que manifiesten ese amor. No quiere Jesús un amor forzado sino libre y espontáneo, pero sin confundirlo con un sentimentalismo anárquico y caprichoso.

Cuando filosofías que han convertido en clave de especulación el sentimiento o el instinto, confundiendo la sinceridad con la cómoda obediencia al estado de ánimo. Cuando la libertad viene entendida, tantas veces, como licencia. Cuando se apela a la propia conciencia para sortear los deberes para con Dios, afirmando que Dios no puede admitir un servicio forzado, que no se siente, Cristo deja caer esta frase realista, amiga de los hechos y no de las palabras: “El que acepta mis mandamientos y los guarda, ése me ama”. La espontaneidad de un miembro vivo de un cuerpo vivo - somos miembros del Cuerpo Místico de Cristo y Él es la Cabeza- o está al servicio de la cabeza o es un cáncer.

Preguntémonos: ¿Hago míos los mandamientos de la Ley de Dios? ¿Me intereso por los objetivos de la Iglesia, de la parroquia, u otros intereses priman sobre este principal y gustoso deber? ¿Asisto a la Santa Misa para dar a Dios el culto que Él merece y quiere? ¿Constituye la extensión del Reino de Cristo, el que muchos encuentren la verdad que hace libre al hombre y le asegura la vida eterna, el verdadero motor de mi existencia?

Hay quien tiene del cristianismo una imagen triste, contrariante. Se piensa que todo consiste en obedecer a un gravoso conjunto de disposiciones que, al faltar el amor que les da sentido, acaban fatigando y terminan en el rechazo. Y no es así. Es una tarea de amor. Y no de cualquier amor. Es algo gustoso y llevadero como todo lo que se hace por amor, aunque cueste.

La tristeza no hace mella en quien permanece unido a Dios por amor. “¿Qué puede perturbar al cristiano?, pregunta S. Juan Crisóstomo, ¿la muerte? No, porque la desea como premio. ¿Las injurias? No, porque Cristo enseñó a sufrirlas: ‘Dichosos seréis cuando os insulten y persigan’ (Mt 5,11). ¿La enfermedad? Tampoco, porque la Escritura aconseja: ‘recibe cuanto Dios te mande y mantén el buen ánimo en las vicisitudes de la prueba, pues el oro se prueba en el fuego, y los hombres gratos a Dios, en el crisol de la tribulación’ (Eccli 2,5). ¿Qué queda entonces capaz de turbar al cristiano? Nada. En la tierra, hasta la alegría suele parar en tristeza; pero, para el que vive según Cristo, incluso las penas se le convierten en gozo”.

Ser cristiano es paladear la dicha inmensa, inexpressable, de que Dios me ama, me busca, se interesa por mí y perdona mis torpes y, a veces ingratas, maneras de comportarme, y, en consecuencia, tratar de corresponder a ese amor tan grande como inmerecido.

\*\*\*

### ***Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica***

**«El Espíritu vive con nosotros y está en nosotros»**

#### **I. LA PALABRA DE DIOS**

Hch 8,5-8.14-17: «Les imponían las manos y recibían el Espíritu Santo»

Sal 65,1-7.16.20: «Aclama al Señor, tierra entera»

1P 3,15-18: «Murió en la carne, pero volvió a la vida por el Espíritu»

Jn 14,15-21: «Yo le pediré al Padre que os dé otro Defensor»

#### **II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO**

Ahora es aceptado incluso por quienes no habían sido admitidos por Israel. El Espíritu sólo se da, según San Lucas, a quienes están en comunión con los Doce.

Todo el discurso de la última Cena respira en Juan un clima de intimidad personal, propio de quien abre el corazón a sus amigos. En el versículo 15, pone Juan el amor como condición para cumplir con los preceptos: «Si me amáis, guardaréis mis mandamientos»; y en el versículo 21, exactamente al revés: «El que acepta mis mandamientos y los guarda, ese me ama». Lo verdaderamente cristiano es la anulación de fronteras entre lo personal y lo preceptivo «Ama y haz lo que quieras».

El amor no es condición para el decreto. La obediencia «guarda», «observa», «cumple»: el amor cristiano se hace actitud, seguimiento. La adhesión no suele hacer distinciones entre quien manda o lo que se manda. Ni es tampoco obediencia ciega, porque es fruto de la madurez y de la convicción.

#### **III. SITUACIÓN HUMANA**

Hay importantes sectores de la sociedad que creen que las leyes oprimen, quitan libertad, que destruyen la creatividad humana. Se convierten así en algo insoportable, de lo que hay que liberarse

cuanto antes. Los que creen en la ley como cauce de convivencia la cumplen sin agobios, sin conciencia gregaria, con la seguridad del bien común que de ese cumplimiento se sigue.

#### **IV. LA FE DE LA IGLESIA**

##### **La fe**

– Promesa del Espíritu Santo: “Por fin llega la Hora de Jesús: Jesús entrega su espíritu en las manos del Padre en el momento en que por su Muerte es vencedor de la muerte, de modo que, «resucitado de los muertos por la Gloria del Padre» (Rm 6,4), enseguida da a sus discípulos el Espíritu Santo dirigiendo sobre ellos su aliento. A partir de esta hora, la misión de Cristo y del Espíritu se convierte en la misión de la Iglesia: «Como el Padre me envió, también yo os envío» (730; cf 729).

– La misión del Espíritu Santo en la Liturgia de la Iglesia: 1112.

##### **La respuesta**

– El Espíritu Santo, el principio de la vida de la Iglesia: “El Espíritu Santo es «el principio de toda acción vital y verdaderamente saludable en todas las partes del cuerpo». Actúa de múltiples maneras en la edificación de todo el Cuerpo en la caridad: por la Palabra de Dios, «que tiene el poder de construir el edificio» (Hch 20,32), por el Bautismo mediante el cual forma el Cuerpo de Cristo, por los sacramentos que hacen crecer y curan a los miembros de Cristo; por «la gracia concedida a los apóstoles» que «entre estos dones destaca», por las virtudes que hacen obrar según el bien, y por las múltiples gracias especiales [llamadas «carismas»] mediante las cuales los fieles quedan «preparados y dispuestos a asumir diversas tareas o ministerios que contribuyen a renovar y construir más y más la Iglesia» (798).

##### **El testimonio cristiano**

– “En efecto, es a la misma Iglesia, a la que ha sido confiado el «Don de Dios»... Es en ella donde se ha depositado la comunión con Cristo, es decir el Espíritu Santo, arras de la incorruptibilidad, confirmación de nuestra fe y escala de nuestra ascensión hacia Dios... Porque allí donde está la Iglesia, allí está también el Espíritu de Dios; y allí donde está el Espíritu de Dios, está la Iglesia y toda gracia (San Ireneo, haer. 3, 24, 1)” (797). Cuando el seguimiento de Jesús, fruto de la fe en Él, fructifica, toda la vida del cristiano «transparenta» a Jesús. Y como seguir a Jesucristo no conoce límites ni fronteras, siempre nos exigirá más.

---

#### **HABLAR CON DIOS ([www.hablarcondios.org](http://www.hablarcondios.org))**

##### **La esperanza del Cielo.**

– **Hemos sido creados para el Cielo. Fomentar la esperanza.**

**I.** En estos cuarenta días que median entre la Pascua y la Ascensión del Señor, la Iglesia nos invita a tener los ojos puestos en el Cielo, nuestra Patria definitiva, a la que el Señor nos llama. Esta invitación se hace más apremiante cuando se acerca el día en que Jesús sube a la derecha del Padre.

El Señor había prometido a sus discípulos que después de un poco de tiempo estaría con ellos para siempre. *Todavía un poco y el mundo ya no me verá, pero vosotros me veréis...*<sup>1</sup> El Señor ha cumplido su promesa en estos días en que permanece junto a los suyos, pero esta presencia no se

---

<sup>1</sup> Jn 14, 19-20.

terminará cuando suba con su Cuerpo glorioso al Padre, pues con su Pasión y Muerte nos ha preparado un lugar en la casa del Padre, donde hay muchas moradas<sup>2</sup>. *De nuevo vendré –les dice– y os llevaré junto a mí para que donde yo estoy estéis también vosotros*<sup>3</sup>.

Los Apóstoles, que habían quedado entristecidos por la predicción de las negaciones de Pedro, son confortados con la esperanza del Cielo. La vuelta a la que hace referencia Jesús incluye su segunda venida al fin del mundo<sup>4</sup> y el encuentro con cada alma cuando se separe del cuerpo. Nuestra muerte será eso: el encuentro con Cristo, a quien hemos procurado servir a lo largo de nuestra vida. Él nos llevará a la plenitud de la gloria, al encuentro con su Padre celestial, que es también Padre nuestro. Allí, en el Cielo, donde tenemos preparado un lugar, nos espera Jesucristo, a quien tenemos presente y hablamos en nuestra oración, con el que hemos dialogado tantas veces.

Del trato habitual con Jesucristo nace el deseo de encontrarnos con Él. La fe lima muchas asperezas de la muerte. El amor al Señor cambia por completo el sentido de ese momento final que llegará para todos. ***Los que se quieren, procuran verse. Los enamorados sólo tienen ojos para su amor. ¿No es lógico que sea así? El corazón humano siente esos imperativos. Mentiría si negase que me mueve tanto el afán de contemplar la faz de Jesucristo. Vultum tuum, Domine, requiram, buscaré, Señor, tu rostro***<sup>5</sup>.

El pensamiento del Cielo nos ayudará a vivir el desprendimiento de los bienes materiales y a superar circunstancias difíciles. Es muy agradable a Dios que fomentemos esta esperanza teológica, que está unida a la fe y al amor, y en muchas ocasiones tendremos especial necesidad de ella. ***A la hora de la tentación piensa en el Amor que en el cielo te aguarda: fomenta la virtud de la esperanza, que no es falta de generosidad***<sup>6</sup>. También en los momentos en que el dolor y la tribulación arrecien, cuando cueste la fidelidad o la perseverancia en el trabajo o en el apostolado. ¡El premio es muy grande! Y está a la vuelta de la esquina, dentro de no mucho tiempo.

La meditación sobre el Cielo, hacia donde nos encaminamos, debe espolearnos para ser más generosos en nuestra lucha diaria, “porque la esperanza del premio conforta el alma para realizar las buenas obras”<sup>7</sup>.

El pensamiento de ese definitivo encuentro de amor, al que somos llamados, nos ayudará a estar vigilantes en las cosas grandes y en las pequeñas, haciéndolas acabadamente, como si fueran las últimas antes de irnos al Padre.

### – Lo que Dios ha revelado sobre la vida eterna.

**II.** No existen palabras para expresar, ni de lejos, lo que será nuestra vida en el Cielo que Dios ha prometido a sus hijos. Sabemos, como recientemente se ha recordado, que “estaremos con Cristo y veremos a Dios (cfr. 1 Jn 3, 2); promesa y misterio admirables en los que consiste esencialmente nuestra esperanza. Si la imaginación no puede llegar allí, el corazón llega instintiva y profundamente”<sup>8</sup>.

Será una realidad dichosísima lo que ahora entrevemos por la revelación y que apenas podemos imaginar en nuestro ser actual. En el Antiguo Testamento se describe la felicidad del Cielo

<sup>2</sup> Cfr. Jn 14, 2.

<sup>3</sup> Jn 14, 3.

<sup>4</sup> Cfr. 1 Cor 4, 5; 11, 26; 1 Jn 2, 28.

<sup>5</sup> SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, en *Hoja informativa*, n. 1, de su proceso de beatificación, p. 5.

<sup>6</sup> IDEM, *Camino*, n. 139.

<sup>7</sup> SAN CIRILO DE JERUSALÉN, *Catequesis*, 348, 18, 1.

<sup>8</sup> S. C. PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Carta sobre algunas cuestiones referentes a la escatología*, 17-V-1979.

evocando la tierra prometida después de tan largo y duro caminar por el desierto. Allí, en la nueva y definitiva patria, se encuentran todos los bienes<sup>9</sup>, allí se terminarán las fatigas de tan largo y difícil peregrinaje.

El Señor nos habló de muchas maneras de la incomparable felicidad de quienes en este mundo amen con obras a Dios. La eterna bienaventuranza es una de las verdades que con más insistencia predicó nuestro Señor: *La voluntad de mi Padre, que me ha enviado –declara–, es que yo no pierda a ninguno de los que me ha dado, sino que los resucite a todos en el último día. Por tanto, la voluntad de mi Padre... es que todo aquel que ve al Hijo, y cree en Él, tenga vida eterna, y yo le resucitaré en el último día*<sup>10</sup>. *Oh Padre –dirá en la Última Cena–, yo deseo ardientemente que aquellos que Tú me has dado estén conmigo allí donde yo estoy, para que contemplan mi gloria, que Tú me has dado, porque Tú me amaste antes de la creación del mundo*<sup>11</sup>.

La bienaventuranza eterna es comparada a un banquete que Dios prepara para todos los hombres, en el que quedarán saciadas todas las ansias de felicidad que lleva en el corazón el ser humano<sup>12</sup>.

Los Apóstoles nos hablan frecuentemente de esa felicidad que esperamos. San Pablo enseña que *ahora vemos a Dios como en un espejo y bajo imágenes oscuras*; pero entonces le veremos cara a cara<sup>13</sup>, y que *la alegría y la felicidad allí son indescriptibles*<sup>14</sup>.

La felicidad de la vida eterna consistirá ante todo en la visión directa e inmediata de Dios. Esta visión no es sólo un perfectísimo conocimiento intelectual, sino también comunión de vida con Dios, Uno y Trino. Ver a Dios es encontrarse con Él, ser felices en Él. De la contemplación amorosa de las Tres divinas Personas se seguirá en nosotros un gozo ilimitado. Todas las exigencias de felicidad y de amor de nuestro pobre corazón quedarán colmadas, sin término y sin fin. ***Vamos a pensar lo que será el Cielo. Ni ojo vio, ni oído oyó, ni pasó a hombre por pensamiento cuáles cosas tiene Dios preparadas para los que le aman. ¿Os imagináis qué será llegar allí, y encontrarnos con Dios, y ver aquella hermosura, aquel amor que se vuelca en nuestros corazones, que sacia sin saciar? Yo me pregunto muchas veces al día: ¿qué será cuando toda la belleza, toda la bondad, toda la maravilla infinita de Dios se vuelque en este pobre vaso de barro que soy yo, que somos todos nosotros? Y entonces me explico bien aquello del Apóstol: ni ojo vio, ni oído oyó... Vale la pena, hijos míos, vale la pena***<sup>15</sup>.

– **La resurrección de los cuerpos. El pensamiento del Cielo nos debe llevar a una lucha decidida y alegre por alcanzarlo.**

**III.** Además del inmenso gozo de contemplar a Dios, de ver y de estar con Jesucristo glorificado, existe una bienaventuranza accidental, por la que gozaremos de los bienes creados que responden a nuestras aspiraciones. La compañía de las personas justas que más hemos querido en este mundo: familia, amigos; y también la gloria de nuestros cuerpos resucitados, porque nuestro cuerpo resucitado será numérica y específicamente idéntico al terreno: *es preciso –indica San Pablo– que “este” ser corruptible se revista de incorruptibilidad, y que “este” ser mortal se revista de*

<sup>9</sup> Cfr. Ex 3, 17.

<sup>10</sup> Jn 3, 40.

<sup>11</sup> Jn 17, 24.

<sup>12</sup> Cfr. Lc 13, 29; 14, 15.

<sup>13</sup> 1 Cor 13, 12.

<sup>14</sup> 1 Cor 2, 9.

<sup>15</sup> SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, en *Hoja informativa*, n. 1, de su proceso de beatificación, p. 5.

*inmortalidad*<sup>16</sup>. “Este”, el nuestro, no otro semejante o muy parecido. “Importa mucho –afirma el Catecismo Romano– estar persuadidos de que este mismo cuerpo, y sin duda el mismo cuerpo que ha sido propio de cada uno, aunque se haya corrompido y reducido a polvo, sin embargo, de eso ha de resucitar”<sup>17</sup>. Y San Agustín afirma con toda claridad: “Resucitará esta carne, la misma que muere y es sepultada (...). La carne que ahora enferma y padece dolores, esa misma ha de resucitar”<sup>18</sup>. Nuestra personalidad seguirá siendo la misma, y tendremos el propio cuerpo, pero revestido de gloria y esplendor, si hemos sido fieles. Nuestro cuerpo tendrá las cualidades propias de los cuerpos gloriosos: agilidad y sutileza –es decir, no estar sometidos a las limitaciones del espacio y del tiempo–, la impasibilidad –no habrá ya muerte, ni llanto ni gemido, ni habrá más dolor...; ni tendrán ya más hambre, ni más sed..., enjugará Dios toda lágrima de sus ojos<sup>19</sup>–, la claridad, la belleza.

“Creo en la resurrección de la carne”, confesamos en el Símbolo Apostólico. Nuestros cuerpos en el Cielo tendrán características diferentes de las actuales, pero seguirán siendo cuerpos y ocuparán un lugar<sup>20</sup>, como ahora el Cuerpo glorioso de Cristo y el de la Virgen. No sabemos cómo ni dónde está ni cómo se forma ese lugar. La tierra de ahora se habrá transfigurado: vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habrán desaparecido... he aquí que hago todas las cosas nuevas<sup>21</sup>. Muchos Padres y Doctores de la Iglesia, y también muchos santos, piensan que la renovación de todo lo creado se desprende de la misma revelación.

El recuerdo del Cielo, próxima ya la fiesta de la Ascensión del Señor, nos debe llevar a una lucha decidida y alegre por quitar los obstáculos que se interpongan entre nosotros y Cristo, nos impulsa a buscar sobre todo los bienes que perduran y a no desear a toda costa los consuelos que acaban.

Pensar en el Cielo da una gran serenidad. Nada aquí es irreparable, nada es definitivo, todos los errores pueden ser reparados. El único fracaso definitivo sería no acertar con la puerta que lleva a la Vida. Allí nos espera también la Santísima Virgen.

---

**P. Julio César RAMOS González SDB (Salta, Argentina) ([www.evangelinet.net](http://www.evangelinet.net))**

**«Yo le amaré y me manifestaré a él»**

Hoy, Jesús –como lo hizo entonces con sus discípulos– se despide, pues vuelve al Padre para ser glorificado. Parece ser que esto entristece a los discípulos que, aún le miran con la sola mirada física, humana, que cree, acepta y se aferra a lo que únicamente ve y toca. Esta sensación de los seguidores, que también se da hoy en muchos cristianos, le hace asegurar al Señor que «nos os dejaré huérfanos» (Jn 14,18), pues Él pedirá al Padre que nos envíe «otro Paráclito» (Auxiliador, Intercesor: Jn 14,16), «el Espíritu de la verdad» (Jn 14,17); además, aunque el mundo no le vaya a “ver”, «vosotros sí me veréis, porque yo vivo y también vosotros viviréis» (Jn 14,19). Así, la confianza y la comprensión en estas palabras de Jesús suscitarán en el verdadero discípulo el amor, que se mostrará claramente en el “tener sus mandamientos” y “guardarlos” (cf. v. 21). Y más todavía: quien eso vive,

---

<sup>16</sup> 1 Cor 15, 53.

<sup>17</sup> *Catecismo Romano*, parte I, cap. XI, nn. 7-9; Cfr. S. C. PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Declaración acerca de la traducción del artículo “carnis resurrectionem”* del Símbolo Apostólico, 14-XII-1983.

<sup>18</sup> SAN AGUSTIN, *Sermón* 264, 6 .

<sup>19</sup> Cfr. *Apoc* 21, 3 ss.

<sup>20</sup> Cfr. M. SCHMAUS, *Teología dogmática*, vol. VII: Los Novísimos, Rialp, Madrid 1961, p. 514.

<sup>21</sup> Cfr. *Apoc* 21, 1 ss.



será amado de igual forma por el Padre, y Él –el Hijo– a su discípulo fiel le amará y se le manifestará (cf. v. 21).

¡Cuántas palabras de aliento, confianza y promesa llegan a nosotros este Domingo! En medio de las preocupaciones cotidianas –donde nuestro corazón es abrumado por las sombras de la duda, de la desesperación y del cansancio por las cosas que parecen no tener solución o haber entrado en un camino sin salida– Jesús nos invita a sentirle siempre presente, a saber descubrir que está vivo y nos ama, y a la vez, al que da el paso firme de vivir sus mandamientos, le garantiza manifestársele en la plenitud de la vida nueva y resucitada.

Hoy, se nos manifiesta vivo y presente, en las enseñanzas de las Escrituras que escuchamos, y en la Eucaristía que recibiremos. –Que tu respuesta sea la de una vida nueva que se entrega en la vivencia de sus mandamientos, en particular el del amor.

---

## CONGREGACIÓN PARA EL CLERO ([www.clerus.org](http://www.clerus.org))

### La vida cristiana es permanecer en el amor de Cristo

Las lecturas de este sexto domingo de Pascua nos permiten proponer algunas consideraciones sobre la “vida cristiana” en la que también nosotros, como discípulos del Resucitado, estamos llamados a “permanecer” (cfr. Jn 14,16).

El texto de los Hechos de los Apóstoles nos sugiere sobre todo de “poner atención a las palabras” que la Iglesia nos anuncia, siendo este el primer paso necesario para entrar y formar parte del *cuero místico* de Cristo: es una acción que implica, como luego se especifica, no sólo la “escucha”, sino sobre todo la vista de los “signos” que hacen evidente el contenido del mensaje cristiano (cfr. Hch 8,6). Se trata por lo tanto de una “puerta”, que pasada una vez para siempre mediante el Bautismo, tiene la necesidad de ser atravesada cada día, en el “descubrimiento” de que cosa signifique verdaderamente ser *discípulo*.

Es por esto, que Pedro y Juan, como hemos escuchado, deciden dirigirse a Samaría para imponer las manos a los discípulos de Felipe, con el fin de que recibieran el Espíritu Santo (cfr. Hch 8,17), y por lo tanto la fuerza que por sí sola puede hacer capaz al hombre de “dar el grande anuncio” y de “hacerlo llegar a los confines del mundo”, como nos invita Isaías en la antífona de ingreso (cfr. Is 48,20).

Las palabras del Profeta nos introducen, también, a otro elemento esencial para que la existencia de un hombre pueda ser reconocida como “vida cristiana”.

El Apóstol Pedro lo indica cuando afirma que debemos estar «*siempre dispuestos a responder delante de cualquiera que pida razón de la esperanza*» que está en nosotros (1Pe 3,15) «*con suavidad y respeto*» (1Pe 3,16).

El uso de términos como “necesidad” y “deber”, usados hasta este momento, necesita a este punto una explicación: el cristianismo no es una aplicación de una moral del deber; el Cristianismo es más bien la *comunión* de aquellos que están enamorados de Cristo: y *permanecen* en su amor, “observando sus mandamientos” (cfr. Jn 14,21) que el creyente se da cuenta de cumplir actos que de otro modo sería inexplicable, humanamente hablando.

El cristiano, lo entendemos muy bien con la lectura del Evangelio, no es un hombre que debe esforzarse por poner en práctica preceptos o comportamientos devotos: si uno ama, entonces, es orientado naturalmente a vivir como Jesús nos ha indicado. Descubrir el propio Bautismo, a través de

la guía del Espíritu de verdad, significa por lo tanto, tratar de conocer cada día un poco más la vida de Jesús –a través de la lectura, la oración, los sacramentos, la vida de comunidad–, para que sea más fácil enamorarse de Él.

De todo el recorrido propuesto hasta ahora, por lo tanto, emerge, que ninguna objeción a tal “vida” es real, ni siquiera el hecho de que Jesús no se pueda ver en carne y hueso.

Y es todavía el Evangelio de Juan que nos lo hace entender: «*Dentro de poco el mundo ya no me verá, pero ustedes sí me verán*» (Jn 14,19). La alternativa entre “ustedes” y el “mundo” no corresponde a una división de tipo moral o étnica: se trata más bien, de una alternativa que alberga en el corazón de cada uno de nosotros.

Si seguimos, entonces, la mentalidad del mundo, no lograremos nunca ver al Resucitado; pero si iniciamos a confiar en la Iglesia, nuestra madre, y a escuchar lo que ella nos enseña y nos sugiere, entonces descubriremos que en verdad el Señor se ve y es una Presencia tan esencial y real que suscita en nosotros una fascinación irresistible, el único y verdadero motor de la “vida cristiana”.

---